



FOTOGRAFÍA: JAVIER TORRES / ATON

Sabine Drysdale:

“La ley Cholito ha hecho mucho daño al tratar al perro como intocable”

Daniel Rozas

Nos gustan los quiltros. Les ponemos nombres, les damos cariño y hasta un cartón para que duerman en lugares públicos. Son de todos, pero de nadie. Hoy tienen un estatus casi sagrado; para algunos, incluso valen más que la vida de una persona.

Así lo plantea Sabine Drysdale en «Perros de la calle», reportaje que forma parte de la antología de crónicas «El corazón de la bestia» (Bookmate, 2025); libro que explora la relación entre humanos y animales en América Latina. En él la periodista investiga por qué a los chilenos nos gustan tanto los quiltros.

Para desentrañar la importancia de los perros en nuestra idiosincrasia, Drysdale conversó con animalistas, biólogos, profesores, filósofos, artistas, dueños de mascotas y ganaderos. También recorrió las calles de Santiago y se encontró con una figura legal surgida tras la aprobación de la ley Cholito: los perros comunitarios.

La periodista, que en un reciente trabajo analiza el vínculo de los chilenos con los quiltros, dice que “para algunas personas, un perro vale más que la vida de un ser humano”.

¿Quiénes son? Animales sin dueño, pero protegidos por ley y cuidados por los vecinos. “Es el perro quiltro que vive en un lugar, duerme ahí, pero no es de nadie. Y a ese perro tú no lo puedes sacar de ahí, porque ese es un nicho ecológico. Entonces viene gente que le da pena y le da comida. Las municipalidades están llenas de estos perros, de los que se tienen que hacer cargo, pero es imposible. Hacen lo que quieren y son intocables”.

La cronista sostiene que, si bien estos animales pueden brindar compañía y ser útiles, también pueden ser un riesgo para

la sociedad. Explica que, entre 2018 y 2023, 24 personas han muerto por ataques de perros. Daniela Gamboa, guía turística de 27 años, fue asesinada por una jauría en San Pedro de Atacama a plena luz del día, tras salir a comprar galletas. “Parece que a nadie le importa demasiado cuando muere una persona, pero si matan a un perro como Cholito —lo cual me parece terrible— se convierte en noticia nacional”.

“El perro tiene que estar sometido al humano”

—En 2017, un perro callejero fue asesinado a golpes en Patronato, y la presión pública hizo que se promulgara la ley Cholito. ¿La ley se hizo matabalbo?

—O sea, es el típico proyecto de ley que estuvo 10 años durmiendo y de repente, con la muerte de Cholito, se viralizó con la funa y las redes sociales. Y la sacaron en seis meses.

—¿La ley Cholito genera más miedo que protección animal?

—Yo creo que la ley Cholito ha hecho mucho daño al tratar al perro como intocable. O sea, a un adolescente que mata a

alguien, lo metes a la cárcel. Pero si un perro mata gente, no le pasa nada. Y un perro sin reglas es igual que un adolescente. Es como un pandillero que se porta bien en la casa, pero después sale, carretea y se porta mal con los amigos. Los perros no tienen capacidad de autocontrol. Por eso, el perro es un animal que tiene que estar sometido al humano.

—¿Y qué cosas habría que reformar en esa ley?

—Hay dos miradas. Los animalistas creen que los perros mordedores se pueden rehabilitar, pero hay otras personas que apuntan a que, cuando los perros se vuelven plaga, hay que exterminarlos como cualquier otra plaga, porque están matando personas, ecosistemas y especies como el pudú. Yo creo que todo el mundo se da cuenta de que esta ley está mal hecha, pero nadie se atreve a reformarla porque da mala fama. Más allá de si estás a favor o en contra de la ley, el debate no se está dando.

—Los quiltros se han convertido en una amenaza en varias ciudades de Chile.

—Porque son animales inteligentes. Saben escabullirse, atacar, defender. Cuando no hay control, opera la selección natural: sobrevive el más fuerte. Así aparecen unos *terminators*, que no son tiernos perros de compañía, son asesinos. La gente no quiere ver eso. Es rara una ley que proteja al perro como si fuera un santo, pero cuando se convierte en una bestia, la gente queda desprotegida. Se nos olvida que es un animal y que tiene instinto. Y al domesticarlo, tú lo que estás haciendo es reprimirlo; si lo dejas solo, se convertirá en salvaje.

—¿Piensas que la ley Choluta debería tener controles más estrictos?

—Por supuesto. En algunos países más desarrollados como Australia, que también tiene este problema, lo primero que se hace si un perro mata a un niño es sacrificarlo. Después, si hay un perro callejero que causa problemas, porque muerde gente, o se mete a los cerros a matar huevos de pájaros, o hace daño al entorno natural, hay que atraparlo y darlo en adopción. Necesitas una perrera donde lleguen esos animales, y que la gente pueda ir a adoptarlos. Y si el perro no se puede dar en adopción porque es muy violento o porque nadie lo quiere, bueno, habrá que tomar alguna medida. Pero tenerlos sueltos en la calle no es la solución. El problema es que no hay voluntad. Imagínate que un político diga "a los perros que matan hay que sacrificarlos", le cae una horda encima. No les conviene.

—Escribes también que las jaurías de quiltros, además de matar gente, no dejan en paz a las aves migratorias en los humedales.

—Cuando tú vas por la carretera y te detienes en una Copec, paras a echar bencina, vas al baño, te compras un hot dog y estiras las piernas. Bueno, los humedales son lo mismo para las aves migratorias. Tenemos estas aves que vienen desde Alaska y que paran en los humedales a lo largo de Chile porque necesitan descansar antes de seguir hasta la Patagonia. Entonces, cuando vas a la playa y ves a tu perro corriendo como loco detrás de los pájaros, piensas que es una bonita imagen. Pero lo que está pasando, es que ese perro está estresando a las aves, que lo único que necesitan es un rato de descanso para poder seguir su viaje. Es una imagen linda y terrible, ya que eso es lo que pasa con el perro: puede ser lo más tierno y, al mismo tiempo, lo más salvaje.

—Cuentas que las jaurías atacan a las lobas marinas, devoran huemules, contagian a los zorros y están haciendo desaparecer a los pudúes.

—Hay algo de irracionalidad que está permeando este tema. ¿Cómo puede ser que los perros maten lobos marinos, huemules, pudúes, y no pase nada? Pero claro, como las posibilidades de que un ser humano se encuentre con un pudú son bajísimas, ¿qué importa el pudú? Es como un dibujo animado, algo lejano, no tenemos una relación psicológica con ese animal. Es raro que el perro haya subido en la

pirámide social a un nivel tan alto. Yo no tengo nada contra los perros. Tengo dos, toda mi vida he tenido perros, me encantan. Duermen en mi cama, no tengo problema, pero no me pierdo: si mi perro muerde a un niño, yo me hago cargo de lo que están haciendo mis perros.

"Aquí hay un narcisismo desatado"

—El perro Matapacos fue el símbolo de las protestas de 2019. Según Francisco Millán, el director de un documental sobre el tema, la imagen "le dio una narrativa a un movimiento amorfo, a una masa de gente desconocida". ¿Qué dice sobre nuestro país que un perro pueda convertirse en un símbolo revolucionario?

—Me parece que tiene que ver con lo que dice Bernardo Subercaseux, el filósofo que ha estudiado este tema. El antropocentrismo está siendo cuestionado porque el ser humano se está sintiendo culpable de los daños medioambientales y empezó a elevar a los animales a un nivel superior en la cadena alimenticia. Antes, el perro estaba por debajo del ser humano, pero ahora está cada vez más cerca, e incluso para algunas personas, es considerado superior.

—A propósito del estallido social, el artista visual Antonio Becerro dijo que "la nueva jauría chilena es pura rabia y anhelo de justicia social sin partidos políticos. No hay banderas ni líderes visibles". ¿Esta mitificación del quiltro como metáfora de la chilenidad es un vacío ideológico?

—Todo esto tiene que ver con un vacío, con esa cosa de que cada uno se rasca con sus propias uñas, de no tener arraigo. Como dice Becerro, lo que vimos en el estallido eran jaurías humanas, se comportaban así, con una dinámica muy parecida: uno recogía piedras, otro se las pasaba, otro las lanzaba; sin conocerse, sin hablar, como si hubiera una organización natural, igual que los perros, que atacan en coreografía según quién es más alfa o beta. Todo eso sin un relato claro, puro caos, hasta que apareció este perro, que vino a darle sentido a eso: el quiltro desobediente, pero querido por todos, al que se le perdona todo. Y lo más chistoso es que nadie sabía que el perro estaba muerto hacía dos años.

—Durante la época del estallido, la ciudad estaba rayada con consignas del tipo: "mata pacos, no animales". El escritor Roberto Merino le dijo a este diario que la gente que escribía ese tipo de frases "manifestaba un espíritu de compasión por los animales, y, por otro lado, se comportaba como un sicópata respecto a la posibilidad de matar pacos".

—Merino lo dice perfecto. Se justificaba matar un carabiniero pero el perro era considerado un héroe. Como dice el cliché ahora: da para pensar que, para algunas personas, un perro valga más que la vida de un ser humano. A mí lo que me

choca es eso: que les preocupe más un perro que un niño con hambre.

—Los animalistas suelen ser agresivos con quienes piensan distinto. En el reportaje da la impresión de que hay una especie de competencia entre ellos por quién es mejor persona.

—Es como una religión. ¿Quién es más puro que el otro? Como en el catolicismo: están los del Opus Dei, los numerarios que mantienen el celibato, los sacerdotes, las monjas y también los que van a misa solo para conocer gente. Hay de todo. Y con el animalismo pasa algo parecido: parece otra religión, porque también son muy dogmáticos.

—En el reportaje, alguien dice que no son animalistas, que en realidad son mascotistas; porque no les interesan los animales salvajes.

—Nadie habla de los pudúes, los huemules u otros animales porque no hay una relación sentimental con ellos. Con el perro o con el gato, hay una cuestión transaccional. Le das comida al perro y él te cuida. Si le haces cariño, te devuelve el cariño. Eso no pasa con los animales salvajes, que puedes observarlos pero no te devuelven nada a cambio. Aquí lo que hay detrás es un narcisismo desatado.

—¿Ves un choque cultural entre el mundo rural y la ciudad respecto a los animales?

—Estamos súper disociados de lo que pasa en el campo. La gente, si no tiene algún arraigo con el mundo rural, no tiene idea de cómo se vive allá. Que la gente se despierta con el canto de las gallinas, que hay horarios distintos por el cambio de hora, que acá parece un detalle, pero allá es un problema, porque no puedes cosechar en la oscuridad. La única conexión es el supermercado, donde compras un pedazo de carne sin pensar que detrás hubo vaqueros cuidando vacas, alimentándolas, haciendo todo ese trabajo. En el campo los animales son parte importante de la vida de la gente, allá no son solo compañía: cuidan, son sustento, pero también son un negocio. Allá están mucho más conectados con la naturaleza en general. Así que claro, ellos se rien del concepto del perro rescatado, como si los perros callejeros estuvieran sufriendo. Dicen: "Si ellos andan libres, felices, comen lo que pilla"; les hacen cariño. En cambio, un perro encerrado en un departamento, sale a hacer pipí cuando la dueña tiene ganas.

—Uno de los ganaderos dice que los perros tienen derecho a vivir, pero también las vacas que son asesinadas por los perros.

—Los vaqueros tienen perros que trabajan con ellos, que obedecen, que ayudan, y para ellos, esos perros son lo mejor. Pero les llegan perros de vecinos, que tienen dueños pero que andan sueltos, y les matan los animales, y ellos dicen que no es culpa del perro, es del dueño. Que te maten una vaca es que te quiten la comida para el invierno, la plata para el colegio de tu hijo, la harina para el pan. Es como que alguien incendie tu negocio.



Un perro sin reglas es igual a un adolescente (...) no tienen capacidad de autocontrol".



Hay algo de irracionalidad que está permeando este tema. ¿Cómo puede ser que los perros maten lobos marinos, huemules, pudúes, y no pase nada?".